

LA HOJA EN BLANCO

Empezó con todas las hojas sin usar que tenía en su casa. Examinó una a una. Él había comprado una caja con cinco mil hojas para lo que se ofreciera: copias, escritos, recados, notas, para dárselas al único nieto que las rayaba diciendo que estaba escribiendo. Sí, cómo no. Como si escribir fuera tan fácil, se dijo, como si fuera prepárame unas enchiladas o una torta cubana. Y ahora el maldito escuincle las estaba llenando de cajeta que trae embarrada en la cara y en las manos. Si yo fuera su padre. Pero no, sólo soy su abuelo y según dicen tengo el deber de consentirlo, los que lo tienen que educar son los padres. Pero a ellos les vale. Se ríen de todo lo que hace el mugroso mocososo. Mugroso, mocososo y baboso. Para que todo rime. Y así es. Tiene mugre hasta allá donde ustedes saben pues todavía a sus seis años se hace pipí y que no diga que no es cierto porque yo he visto sus ropas, las narices las tiene llenas de mocos todo el tiempo, mocos que va poniendo por todos lados, en mi mesa de la sala, sobre mis figuras que traje de Viena, en mis libros. ¡Guácala! Y baboso porque se parece a su padre. No sé cómo pude tener un hijo tan babas. Sin ir más lejos ayer se moría de risa porque el bodoque le había descompuesto su computadora apretando todos los botones. Orgullosos me dijo que va a ser un genio de la computación. Sí, sí, a ver quién se lo cree porque yo no. ¡Pinche güerco! ¿Con qué creen que me salió el otro día? Bueno, no me salió a mí. Se los dijo a sus padres cuando creía que yo no estaba sin saber que sí estaba y que lo estaba escuchando. A qué no saben, empezó el moco, mi abue se pasa las horas frente a la máquina de escribir sin hacer nada, se me hace que se queda dormido y ni se da cuenta: le pregunté que qué hacía y me salió que estaba frente a la hoja en blanco. Y ahí se moría de risa el condenado. La hoja en

blanco repetía una y otra vez. Pues de qué color pensaba el abuelo que era: ¿rosa, amarilla, verde, azul? Y eso que tenía puestos sus lentes, esos gruesos que usa. ¡Los uso porque tengo vista cansada, enano de mierda! De nada le valió que su madre le explicara que cuando un autor, como era su abuelito, abuelito me llama siempre la méndiga sin saber como me molesta el diminutivo. Repito, cuando un autor está en la búsqueda de algo no puede escribir y que eso es la hoja en blanco. Y otra vez la risa. Pues que se compre hojas manchadas, sucias. Si quiere yo se las ensucio todas. Y vaya que las puede ensuciar. Y ahí salió con su gran idea, que cuando le dejen tarea no la va a hacer y le va a decir a la maestra que tenía la hoja en blanco, que estaba pensando en la respuesta. Sus padres, para variar, le festejaron su gran puntada. Así dijeron. La gran puntada. ¡Pa'puntadita! Y eso no es lo peor, lo peor es que ya se me volvió obsesión lo de la hoja alba. Lo de alba es para no estar repitiendo tanto la palabra blanco pues van a pensar que no tengo un léxico abundante. Alba suena bien. Una hoja alba. Hoja nívea, como la crema que me pongo en los pies. Yo sé que mi nieto nunca va a reconocer mis cualidades poéticas, pero ni modo, los demás sí. Él que se quede con sus nintendos y demás pendejadas, y perdonen la palabra pues eso es lo que hace todo el día. Y que conste que no lo estoy llamando pendejo aunque ganas no me quedan pero nomás imaginen si se lo digo y él le pasa la información a sus padres...No quiero ni pensarlo. Al tragamocos le van a creer y a mí no. Y eso de que dejen de visitarme...Si ya de por sí lo hacen muy de cuando en cuando por más que les digo que comamos juntos los domingos como cualquier familia que se respete. Ellos ríen. ¿Por qué diablos se tienen que reír de todo como si fueran tarados? ¿O lo serán? Ya no sé qué creer. Repito lo de la hoja cana. Por si no entienden esto de cana les diré que cana es el femenino de cano, y cano es el cabello blanco. ¿Queda claro? Voy a lo de las hojas después de la aclaración. Dije, y es cierto que eso se me volvió una obsesión. Ahora reviso hoja por hoja y

veo que ninguna es completamente blanca. O tienen una manchita, o una pequeña rayita, o un punto, o algo. Ninguna está blanca. Algunas lo parecen y a la vista lo son, pero ya compré lupas de gran poder y ahí aparecen todas las cosas. Y no, si no tengo enfrente de mí una hoja blanca nunca podré volver a escribir. Y no he podido hacerlo por más que me esfuerzo. Desesperado salí a la calle a comprar hojas. A la mejor las mías por estar tanto tiempo guardadas se mancharon. Fui a las pequeñas y grandes papelerías, con trabajo pude cargar con tantos cientos de hojas. Ya en mi casa pude dedicar todo el tiempo en buscar la hoja blanca. Y nada. Todas con manchas, con puntos, con rayas. Y ahí voy a otras zonas de la ciudad. El smog debe mancharlas. Todas estaban igual. Fue cuando salí de la ciudad, compré hojas en Puebla, en Cuernavaca, en Cuautla, en Pachuca. Me hubiera gustado ir hasta Durango o Zacatecas pero estaban muy lejos. Ya mi cuarto de escribir parecía bodega de papel. Alteros y alteros de hojas estaban por todos lados, en el piso, sobre el escritorio, sobre las sillas. ¡Eureka! Permitan que ponga esta exclamación pues es la que decía mi abuelo que era español. Y sí, ¡Eureka! Al fin encontré la hoja inmaculada, la hoja blanca, alba, cana, nívea, impoluta, pura. La tomé con mucho cuidado poniéndome antes guantes de cirujano para no mancharla con mis dedos. La metí a la máquina de escribir. Y ¡oh milagro! ¡Ya viene, ya se acerca, ya está aquí! Bienvenida, le grite. Y la inspiración tomo su sitio para dictarme. ¿Pero qué demonios me estás dictándome? No, eso no, nunca. Bueno, está bien, tú ganas. Empiezo: Dedico este cuento a la persona que más amo en la vida, a mi adorado nieto. Había una vez un escritor que...

Tomás Urtusástegui

Mayo 2005